

SELECCIÓN DE ESCRITOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

[LA LÓGICA COMO MÍSTICA]

EDITORIAL PRE-TEXTOS

EDITORIAL PRE-TEXTOS

PRIMER NARRADOR: Hace dos años, cuando murió Ludwig Wittgenstein en Cambridge, apareció en algunos periódicos vieneses una breve noticia: «A la edad de [...] falleció en [...] el conocido filósofo [...]». Sin embargo, no era en absoluto conocido. En realidad, era el filósofo más desconocido de nuestra época; un hombre al que podríamos aplicar lo que su compatriota Karl Kraus dijo de sí mismo en una ocasión: «Soy famoso, pero todavía no se ha corrido la voz». De hecho, fue el mismo Wittgenstein el que se encargó de que no se corriera la voz. La única obra que editó en vida lleva un título tan poco seductor como *Tractatus logico-philosophicus*, y hasta hoy sigue siendo conocida por tan sólo un pequeño círculo de especialistas.

Si bien en su obra Wittgenstein fue accesible solamente para unos pocos, en su vida no lo fue para nadie. Cuando acabó el *Tractatus* rehuyó el mundo y la fama, borró con meticulosidad sus huellas, y se fue a vivir durante unos años a la Baja Austria, donde trabajaría como maestro en una escuela rural. De los últimos años de la etapa de Cambridge, donde ocupó durante la guerra una cátedra de filosofía en la que sucedió al filósofo inglés G. E. Moore, se cuenta que llegó a vivir en una cabaña donde sólo consintió tener por mobiliario una simple silla.

De esta manera, ya en vida, la leyenda ocuparía el lugar de su vida: la leyenda de una privación voluntaria, del intento de llevar una vida de santo y de obedecer a la proposición que cierra el *Tractatus*: [...]

SEGUNDO NARRADOR: [...] por otra parte, pensaba que la metafísica no era posible, porque su planteamiento traspasaba los límites del conocimiento humano...

PROFESOR ... al igual que Kant...

PRIMER NARRADOR: ... el positivismo lógico es capaz de dar una respuesta más contundente. Y esta respuesta más contundente se la posibilita el análisis lógico del lenguaje.

SEGUNDO NARRADOR: La nueva lógica, que en el Círculo de Viena evolucionó hasta convertirse en un instrumento de máxima especialización, abriría también el camino a unas investigaciones filosófico-lingüísticas fundamentales.

PROFESOR: No perdamos de vista que existe gran cantidad de lenguajes: la lengua propia y las lenguas extranjeras, los lenguajes científicos especializados, el lenguaje de las banderas, el lenguaje de los sordomudos...

SEGUNDO NARRADOR: Pero en sus investigaciones, los neopositivistas no tenían en mente un lenguaje que se usara en realidad, sino un lenguaje con una forma más simplificada y perfeccionada: un sistema de representación puro. Éste es el lenguaje que debe ser analizado en busca de lo que representa...

PROFESOR: ... es decir, de su función semántica...

SEGUNDO NARRADOR: ... y de qué manera representa...

PROFESOR: ... cuáles son, pues, sus reglas sintácticas.

CRÍTICO: ¿Y no niega Wittgenstein que esta investigación del lenguaje sea posible? ¿No dice en su *Tractatus* que, como el lenguaje en sí se sustrae a la representación, no podemos hablar sobre el lenguaje?

PRIMER NARRADOR: Cierto. La proposición que cierra el libro...

PROFESOR: «De lo que no se puede hablar hay que callar»!

¹ Ludwig Wittgenstein, *Tractatus logico-philosophicus*, Madrid, Alianza Editorial, 2009, p. 183. Traducción de Jacobo Muñoz e Isidoro Reguera.

PRIMER NARRADOR: ... también se remite a este problema, en el que profundizaremos a continuación.

SEGUNDO NARRADOR: De entrada, Wittgenstein realiza un análisis minucioso de las proposiciones decibles. Observa que la proposición correcta representa el estado de las cosas en el espacio lógico, así como la existencia y la no existencia de hechos atómicos. Es un modelo de la realidad y su veracidad consiste en la correspondencia entre el estado de cosas y el modelo en el espacio lógico.

PRIMER NARRADOR: Recordemos, si no, su tesis de que la propia forma lógica que nos sirve para estos modelos no pertenece a los estados de cosas del mundo, de que hay un límite de lo decible que coincide con el límite de mi mundo...

SEGUNDO NARRADOR: ... pero en absoluto con el límite de la realidad.

PRIMER NARRADOR: Y «los límites de mi mundo» son «los límites de mi lenguaje». Sólo alcanzamos hasta donde alcanza nuestro lenguaje, con el cual representamos y figuramos adecuadamente cómo es el mundo.

SEGUNDO NARRADOR: Entonces, ¿qué habremos conseguido con la representación y la figuración del mundo? Nada en absoluto, nos contesta sorprendentemente Wittgenstein.

PROFESOR: «Cómo sea el mundo es de todo punto indiferente para lo más alto. [...] No cómo sea el mundo es lo místico sino *que sea*».¹

SEGUNDO NARRADOR: El lector del *Tractatus* que haya llegado a este punto, después de sus concisas fórmulas, de los ejemplos de la lógica simbólica, de toparse frustrantemente con las áridas verdades de la lógica, comprenderá de repente la aventura en que se embarca el libro.

¹ Ludwig Wittgenstein, *op. cit.*, p. 181.

PROFESOR: «El mundo es todo lo que es el caso. El mundo es la totalidad de los hechos».¹

SEGUNDO NARRADOR: Así empieza el *Tractatus*, con dureza, sequedad y austeridad. No se puede quitar ni una sola palabra; tampoco ninguna podría querer significar algo más de lo que justamente dice. Y tenemos lo *místico*: una palabra con un campo semántico ilimitado, cargada con las indudables y dudosas experiencias de una creencia infinita.

CRÍTICO: Deberíamos cuestionarnos cuál es la importancia de lo místico en Wittgenstein.

¿No recuerda esta proposición a aquella de Heidegger, ciertamente sin sentido para Wittgenstein?: «¿Por qué hay ente y no más bien nada?». El silencio de Heidegger frente al ser, ¿no es el mismo que el de Wittgenstein? ¿No caen el positivista y el filósofo del ser en el mismo callejón sin salida?

PRIMER NARRADOR: La experiencia en que se basa la mística del ser de Heidegger puede que sea la misma que lleva a Wittgenstein a hablar de lo místico. Aun así, para Wittgenstein sería imposible plantear la cuestión heideggeriana, puesto que él niega lo que Heidegger presupone: que en el pensamiento el ser deviene lenguaje. Allá donde Heidegger empieza a filosofar, Wittgenstein lo deja.

PROFESOR: Y es que: «De lo que no se puede hablar hay que callar».²

PRIMER NARRADOR: Tampoco se puede hablar del «sentido» del ser, puesto que el sentido no está en un mundo que es sólo representable, pero no explicable. Estamos situados y hablamos desde este lado de los límites más allá de los cuales tenemos vedado el paso. No nos es posible situarnos fuera del mundo y pronunciar proposiciones sobre las proposiciones

¹ Ludwig Wittgenstein, *op. cit.*, p. 15.

² *Ibidem*, p. 183.

del mundo, como sucede en toda metafísica. Las proposiciones sobre las proposiciones del mundo son pseudoproposiciones. Como no podemos plantear ninguna proposición sobre las proposiciones del mundo, no puede haber tampoco proposiciones de la ética. Puesto que una proposición no puede expresar algo más elevado, no existe ninguna proposición de segundo orden junto con las proposiciones que hablan de los hechos. La voluntad tampoco puede ser portadora de lo ético puesto que el mundo es independiente de nuestra voluntad. Nada de lo que el lenguaje sea capaz (es decir, representar los hechos del mundo) se puede transformar con la voluntad. Sólo son transformables los límites del mundo, y sobre esto debemos callar. La filosofía no puede contestarnos una de las preguntas que acostumbramos dirigirle. Con la cuestión del «sentido» del ser nos vemos remitidos a nosotros mismos.

SEGUNDO NARRADOR: Este filosofar, que no puede aportar nada a la solución de nuestros problemas vitales, que en su pasión por la verdad absoluta sólo puede ofrecer una estereotipada y «eterna» verdad de la lógica, tiene tras de sí el mismo movimiento del que habla Baudelaire, citando a Pascal, y que acaba con esta amarga exhortación:

PROFESOR: «*Ah, ne jamais sortir des nombres et des êtres!*».

SEGUNDO NARRADOR: *Nombres y êtres*; éstas son las cosas que son contables y mensurables, que no conocen la experiencia del sujeto metafísico como límite, que no han de enmudecer ante lo indecible porque no tienen lenguaje.

PRIMER NARRADOR: Pero no perdamos de vista los otros pasos de Wittgenstein. Como ya sabemos, encontró una diferencia entre la representación y lo que ha de ser representado, entre la forma y el mundo. La lógica, cuya investigación equivale para él a la investigación de toda regularidad, debe ser caracterizada con más precisión.

PROFESOR: «La lógica no es una teoría sino una figura especular del mundo».¹

PRIMER NARRADOR: Esto significa que en el mundo sólo hay necesidad lógica, puesto que éste se adapta a la forma lógica.

PROFESOR: «Y fuera de la lógica todo es casualidad.»²

SEGUNDO NARRADOR: De esta manera, por ejemplo, la ley de la causalidad se puede entender también no como ley, sino como *forma* de una ley, y esto es de una importancia enorme. Ésta no expresa nada sobre el mundo, como tampoco expresa nada sobre el mundo el hecho de que éste se pueda describir con la mecánica de Newton y, hoy en día, con más exactitud, con la teoría de la gravedad de Einstein. La ley de la causalidad, la mecánica de Newton, la teoría de la gravedad de Einstein no son sino descripciones del mundo con la ayuda de la forma lógica, de una red con una libertad determinada. Las descripciones podrán ser correctas, como pueda serlo una operación aritmética, y las descripciones científicas podrán ser óptimas, pero con ellas no se ha dicho nada todavía sobre la realidad. La realidad, sobre todo, no se *reconoce* siempre a través de todas las descripciones. Lo único que se describe es cómo es el mundo y esto carece de importancia; o sí que la tiene, pero sólo para la práctica de la vida. Wittgenstein continúa:

PROFESOR: «A toda la visión moderna del mundo subyace el espejismo de que las llamadas leyes de la naturaleza son las explicaciones de los fenómenos de la naturaleza. Y así se aferran a las leyes de la naturaleza como a algo intocable, al igual que los antiguos a Dios y al destino...».³

PRIMER NARRADOR: Con esto hemos aprendido que las teorías, traten de lo que traten, no explican ni pueden explicar nada,

¹ Ludwig Wittgenstein, *op. cit.*, p. 161.

² *Ibidem*, p. 167.

³ *Ibidem*, p. 175.

puesto que sólo existe una forma de necesidad: la lógica. Por tanto, el sentido –volvemos a entrar en el círculo vicioso de la cuestión del sentido– se sitúa fuera del mundo y no en sus estados de cosas. Todas las concepciones del mundo que hoy se nos presentan son fruto de interpretaciones precipitadas, en cuya disputa nos vemos involucrados. A ellas les debemos los sistemas de valores a los que nos sometemos o contra los cuales nos sublevamos, porque no podemos comprender que no haya ningún valor en el mundo; mejor dicho, en el mundo limitado por nosotros.

PROFESOR: «Y si lo hubiera carecería de valor. [...] Porque todo suceder y ser así son casuales. Lo que los hace no-casuales no puede residir *en* el mundo; porque, de lo contrario, sería casual a su vez. Ha de residir fuera del mundo».¹

SEGUNDO NARRADOR: Fuera del mundo. Esto significa fuera del lenguaje. De esta manera, llegamos a la primera conclusión de Wittgenstein, la que le dio al *Tractatus* y a la que llegó inesperadamente, a la cual se han asociado tantos enigmas. Tendremos, por tanto, que considerar algunas cuestiones y algunas críticas.

Estas conclusiones son las siguientes: aun cuando nuestro lenguaje fuera perfecto y pudiera describir el mundo de forma perfecta, no se solucionarían ninguno de los problemas que nos afectan. Tampoco se eliminarán nuestras preguntas desenmascarándolas como pseudocuestiones.

PRIMER NARRADOR: Los representantes más radicales del neopositivismo pensaban que bastaba con desenmascarar las pseudocuestiones para eliminarlas.

SEGUNDO NARRADOR: Pero Wittgenstein posee la más auténtica radicalidad y tampoco se la ahorrará a su obra. Dado

¹Ludwig Wittgenstein, *op. cit.*, p. 177.

que todo el saber de la ciencia tampoco tiene valor, puesto que no existe ningún valor en el mundo, tendremos que desdeñarlo.

PROFESOR: «Sentimos que aun cuando todas las *posibles* cuestiones científicas hayan recibido respuesta, nuestros problemas vitales todavía no se han rozado en lo más mínimo. Por supuesto que entonces ya no queda pregunta alguna; y esto es precisamente la respuesta. [...] Lo inexpresable, ciertamente, existe. *Se muestra*, es lo místico. [...] Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas –sobre ellas– ha salido fuera de ellas. (Tiene, por decirlo así, que arrojar la escalera después de haber subido por ella.) Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo».¹

El verdadero método de la filosofía sería propiamente éste: no decir nada, sino aquello que se puede decir; esto es, las proposiciones de la ciencia natural. Algo que no tiene nada que ver con la filosofía, y siempre que alguien quisiera decir algo de carácter metafísico, demostrarle que no ha dado significado a ciertos signos de sus proposiciones. Este método dejaría descontento al otro –ya que no tendría la sensación de que estuviéramos enseñándole filosofía–, pero sería el único estrictamente correcto.

CRÍTICO: Yo añadiría algo semejante: la filosofía, a mi entender, ha dejado de ser para Wittgenstein una fuente independiente de sabiduría superior. Se ha convertido en un instrumento de consulta. Sea lo que sea el resultado de esta consulta –que podría ser en gran parte el de un empirismo extremo–, su concepción transformada de la filosofía podría ser el inicio de una era en la que ya no resulta paradójico que el verdadero objeto de estudio de la filosofía no sea la naturaleza

¹ Ludwig Wittgenstein, *op. cit.*, pp. 181-183.

de la razón humana, la experiencia y la trascendencia, etcétera, sino el lenguaje. Si asumimos esta concepción, nos sorprenderá que la propia obra de Wittgenstein, el *Tractatus*, no cumpla sus propias exigencias. Él dice que sus exposiciones hay que entenderlas como carentes de sentido y, en cierta medida, preconiza su filosofía como el final de la filosofía. Esto encierra una inconsecuencia que no podemos desatender.

PRIMER NARRADOR: Esta «inconsecuencia», como usted la llama, resulta por supuesto de las investigaciones lógicas y de toda la teoría del lenguaje que aparece en el *Tractatus*. Sexto Empírico, por cierto, ya expresaba una idea del *Tractatus* cuando llamó purgatorio a su filosofía, no sólo para los pensamientos de otros filósofos, sino para los propios.

Si se quiere entender a Wittgenstein, hay que tener en cuenta sobre todo que el pensamiento consiste en una especie de uso silencioso del lenguaje. Wittgenstein, que buscaba fijar los límites del pensamiento posible, quería trasladar así los límites de lo que puede ser dicho. A partir de estas consideraciones es cuando investiga la naturaleza del lenguaje.

CRÍTICO: Entonces es que los resultados pueden ser de naturaleza científica y no filosófica. O bien se tendría que haber adentrado a través de las palabras en la naturaleza esencial del lenguaje. Pero ¿cómo? Para escribir algo comprensible se tendría que escribir sobre palabras, y a continuación su pensamiento perdería el desprendimiento sublime, cosa que pretende evitar. Llega a afirmar que no existe ningún punto que se sitúe fuera del lenguaje desde el cual se pueda escribir sobre el lenguaje. De hecho, la filosofía, desplazada de su antiguo lugar, se quedaría sin lugar; puesto que, si su objeto de estudio es el lenguaje, tendría que transformarse en gramática: algo muy distante de lo que Wittgenstein tenía en mente. Para él debía alcanzar un nivel tan extraordinario que se anulara a sí misma. Es como si Wittgenstein, aparte de este salto mortal, hubiera dejado pasar por alto esa posibilidad que tenía.